

presarlo. Sin embargo, el presente caso, célebre en extremo por sus provechosas consecuencias, nos persuadirá del cariño inmenso que profesa Jesucristo á los que le aman.

No hace muchos años que una señora protestante se paseaba cierta mañana, con otras amigas, por una aldea. Pasando por delante de la iglesia tuvo la curiosidad de entrar en el momento mismo que el sacerdote se disponía para ministrar la S. Comunión. En efecto, el sacerdote extrajo del copón una Forma consagrada y la dió á una joven, que se había acercado al comulgatorio. La hereje fijó su mirada en la joven y la vió tan hermosa y resplandeciente que fué movida ella misma á comulgar; pero se abstuvo por entonces, envidiando la suerte de los católicos. Contó á sus compañeras lo sucedido, y cuando por vez segunda entró en el mismo templo, se confirmó en su juicio, viendo que se repetía el prodigio de antes; entonces, no pudiendo sufrirse á sí misma se adelantó hacia el comulgatorio y recibió la Santa Forma; pero he ahí que, volviendo la vista á la joven, notó que había repentinamente desaparecido juntamente con los demás asistentes. En medio del pavor de que fué sorprendida comprendió que había obrado mal. Entró en la sacristía á fin de consultar al Sr. cura, y éste preguntóla quién era.—Protestante soy, dijo, y acabo de comulgar con los católicos, pero sé que he obrado indiscretamente. ¿Qué es lo que deberé hacer?—El sacerdote la reprendió, manifestándole que si quería comulgar en lo sucesivo era indispensable hacerse católica. La hereje asintió á la proposición del ministro de Dios y cuando comenzó á comulgar debidamente, experimentaba tal dulzura interior que la anegaba en un mar de lágrimas y de interior alegría (1).

(1) Revista Franciscana.

X

Jesucristo Sacramentado es nuestro Consolador.

Consolator optime.

Nuestro mejor consolador.

(SECUENC. DE LA FIESTA DEL ESPÍRITU S.)

1. El corazón del hombre. Ese hondo abismo de velados misterios; ese compendio hermosísimo de leyes divinas; esa parte vital y delicada del organismo humano, ha sido formado de tal manera que no puede hallar en sí mismo descanso perfecto. Le falta algo para ser feliz, y este *algo* se lo reservó absolutamente el mismo Ser que le creara; en consecuencia, el descanso perfecto, el consuelo y el gozo satisfactorio de este corazón estriba en Dios. Por falta de reflexión semejante, y poseído de ilusiones fantásticas, el hombre que observa que su órgano esencial á la vida sale como de sus duras prisiones para respirar mejor el fresco ambiente del descanso, generalmente hablando, suele buscarlo en los seres y en los objetos próximos á sí, consistiendo su anhelo en distraerse mucho en esos objetos y seres, en saborear uno tras otro los goces de este mundo, en contemplar una tras otra las beldades terrenas; y luego de haber recorrido sin perder momento toda la escala de la dicha humana, ve que ha sido envuelto en horrible decepción, comprende que en las criaturas no hay descanso feliz, ni mucho menos, satisfactorios consuelos.

2. ¡Ah! si todo ese tiempo empleado en buscar la felicidad en los seres que hoy son y mañana no serán lo hubiera

ocupado el hombre en inquirirla en Dios, centro y fin único de todas las aspiraciones humanas, sería entonces más feliz, porque fuera de toda duda está que sólo Dios, con exclusión de cualquiera otro ser, es su consuelo; y sólo aquéllos que aspiran á Dios y lo apetecen son los verdaderamente dichosos en este mundo. He ahí la razón por qué el cristiano bueno es el hombre más feliz de este mundo. «Hay otro verdadero gozo, decía el Agustino, que no se concede á los impíos y malos, sino únicamente á aquéllos que os sirven voluntariamente, oh Dios mío, de los cuales Vos mismo sois el gozo; esa es la alegría bienaventurada, una alegría ordenada á Vos, dimanada de Vos y poseída por amor de Vos, esa misma es y no hay otra verdadera. Aquéllos que juzgan que hay otra distinta de esa, siguen otra perniciosísima (1).» Si Dios es, pues, nuestro descanso y nuestra felicidad, sobre todo en la vida de ultra-tumba, por consecuencia necesaria, ha de ser también aquí nuestro consuelo. Para el efecto se quedó sacramentado entre nosotros bajo la forma de pan celestial, que contiene todas las delicias (2).

Es por lo tanto nuestro deber, ocuparnos del propio asunto, para cuyo mejor estudio lo distribuiré en dos partes: 1.º *Los profetas anunciaron que Jesucristo Sacramentado debía ser nuestro Consolador*; 2.º *Las profecías confirmadas con la práctica del Hombre Dios*.

§. I.

3. Los santos que mejor que nosotros supieron aprovecharse del Sacramento eucarístico, encontraron en Él un remedio oportuno para sus graves necesidades, un gozo supremo para sus hondas penas y una satisfacción indecible en las tristes asperezas de esta vida. Fué siempre para los que le amaron el fresco rocío de la mañana primaveral que vivifica las plantas agostadas, y el bálsamo odorífero y eficaz que cura las profundas heridas. Comentando S. Alfonso de Ligorio las palabras del Águila de Hipona:

(1) Confesion. tom. II, lib. 10, cap. 22.
(2) Sap. XVI, 20.

«Dios es un bien en el cual están todos los bienes», dice: «Si quieres hallar presto este bien, aquí está cerca de ti, dile lo que quieras, pues está en el Sagrario para consolarte, para oírte y para despachar tus ruegos (1).» Si así es, ¿por qué razón, sabiendo que es omnipotente y que reside allí para dispensarnos beneficios, no acudimos á Él en nuestros quebrantos y tribulaciones, á fin de que sea nuestro completo alivio y nuestro mejor consuelo? Hagamos lo que los niños pequeños que, sintiéndose atacados por una dolencia ó maltratados de otros muchachos, corren á esconderse en el regazo de su madre. Pero, ¿acaso ignoramos que Jesús Sacramentado se porta mejor que una madre? Oigamos al mismo Dios por boca de su profeta: «Como una madre acaricia á su hijo, así yo os recrearé y sobre mis rodillas os acariciaré (2),» palabras que hacen expresarse al citado S. Alfonso de esta manera: «Así como una madre que tiene el pecho enchido de leche va en busca de niños á quienes amamantar á fin de que la descarguen de aquel peso, del mismo modo nos llama el Señor á este Sacramento de amor y nos dice: Seréis llevados á mis pechos (3).» ¡Ah! Jesús Sacramentado, á más de practicar con nosotros semejantes finezas, nos acaricia como tierna madre sobre sus blandas rodillas, que son sus entrañas misericordiosas.

4. Fijaos bien y notaréis que el Señor no se cansa de anunciar por conducto de sus profetas el ministerio de Consolador que había de ejercer en el Sacramento del Altar. Isaías, columbrando en espíritu al Deseado de los collados eternos, habla en su nombre y dice: «El Espíritu (4) del Señor ha reposado sobre mí porque el Señor me ha ungido y me ha enviado para evangelizar á los mansos y humildes, para curar á los de corazón contrito y predicar la redención de los esclavos y la libertad á los que están encarcelados... y para consolar á los que lloran...» Éstos son precisamente los bellos oficios que el Redentor aceptó al venir á

(1) Visitas al Santísimo, día 26.
(2) Isai. cap. LXVI, 12.
(3) Lug. cit.
(4) Isai., LXI, 1.

este mundo, que aunque difíciles de practicar, é imposibles además á un puro hombre, mas Jesucristo quiso dispensárnoslos, según Él dijo de sí propio en la sinagoga. Ahora bien; la Eucaristía es propiamente extensión de la Encarnación; luego el texto citado debe referirse asimismo directamente á Jesucristo Sacramentado. Hagamos una breve exposición del bíblico pasaje. Nadie ignora que en el adorable Sacramento subsisten por acompañamiento las tres divinas Personas de la Trinidad augusta; mas, es el Espíritu Santo, quien de un modo particular envía sus puras llamaradas de amor sobre Jesucristo en quien habitó siempre corporalmente, y sobre el cual reposó para ungirle, que por eso Jesús se llama Cristo. En Oriente abundan los aceites odoríferos y los suaves aromas que se emplean en la conservación de la salud y en la limpieza del cuerpo; es la unción, por consiguiente, símbolo de la curación de las enfermedades; así observamos en el evangelio de S. Marcos que los apóstoles curaban las dolencias, ungiendo con óleo á los enfermos (1). Jesucristo, pues, en el Sacramento del Altar es todo óleo suavísimo que cura perfectamente las enfermedades del espíritu y es óleo de perfumado olor, puesto que conforta los corazones. Además; la unción referida es traducida en muchos lugares de la Sagrada Escritura por consolar; y he ahí cómo Nuestro amorosísimo Señor Sacramentado nos anima y conforta con ese óleo riquísimo que, á más de cicatrizar nuestras llagas espirituales, dulcifica nuestras congojas y nos alegra en las tristezas.

Jesucristo reside además en la S. Eucaristía para evangelizar á los mansos y humildes, que son los que acogen con buenas disposiciones la palabra divina; reside asimismo para curar á los que poseen un corazón contrito y humillado, porque con la sangre del Cordero eucarístico son lavadas y curadas sus llagas; reside, finalmente, para consolar á los que lloran sus extravíos, á los cuales tranquiliza y regocija, dándoles como testimonio de su perdón el Sacramento San-

(1) Marc. VI. 13.

tísimo, desde el cual repite: «Bienaventurados los que lloran porque ellos serán consolados».

5. Un episodio bíblico, hermoso en extremo por las provechosas lecciones que encierra, viene aquí como de perfecto molde para que nosotros entreveamos las excelencias de la consolación que Jesucristo nos derrama desde el Sagrario. Es el problema que el fuerte Sansón propuso á los convidados á su mesa (1).—Del comedor salió la comida y del fuerte la dulzura.—Encontró Sansón á un león muy fiero que venía hacia él con ánimo de devorarle; mas el esforzado caudillo, puesta la confianza en el Omnipotente, asíó con hercúlea fuerza á la fiera, y le arrancó la vida. Al cabo de algunos días, cuando regresaba de Thamnata, halló en la boca del que fué león un panal de miel sabrosísimo, que habían fabricado las abejas. Ésta es en resumen la historia bíblica en lo que á este punto respecta; y con referencia á la misma, dijo el último juez de Israel: Del comedor, que era el león, salió la comida, á saber, el panal de miel; y del fuerte, ó sea del propio felino, provino la dulzura del panal. Problema que viene á ser ciertamente perfecto geroglífico de Jesucristo Sacramentado en lo que respecta al oficio de consolador nuestro; pues, ¿qué otra cosa es el Divino Salvador en el Sacramento sino aquel fuerte León de Judá que, hambriento de amor por la salvación de las almas extraviadas, y á fin de unir las á sí, fué muerto por los pecadores, á quienes dió en retorno el dulce panal de la S. Eucaristía? He ahí por qué del comedor, Cristo crucificado, salió la comida, Cristo Sacramentado. Vino á comer y se nos dió en comida. ¡Qué contraste tan admirable! Sólo Dios lo pudo efectuar y sólo el hombre recibir; y ved ahí que también por eso mismo, del fuerte provino la dulzura: del Omnipotente resultó la misericordia. Pudo el Señor, sin faltar á su justicia, darnos amarga hiel, y no obstante nos regaló un riquísimo panal de miel, fabricado por Él mismo; pudo castigarnos, y sin embargo, nos perdonó, retribuyéndonos, cual

(1) Jud., cap. XIV.

si nos debiera algún favor, una dádiva inestimable. Empero notemos últimamente que la solución del enigma propuesto por Sansón fué: «¿Qué cosa habrá más dulce que la miel?» ¡Ah! Si Jesucristo en la Eucaristía santa es miel suavísima, ¿qué cosa habrá que sea tan dulce como Él? Si la miel dulcifica el paladar y la garganta, ¿cómo no dulcificará Jesús Sacramentado el paladar del alma? ¡Cuán bueno es Jesús!

6. Vaticinando el real profeta la Sagrada Eucaristía, se dirige al Señor y le dice: «Preparaste en mi presencia una mesa contra aquéllos que me atribulan (1)», pero, ¿cuál es esta mesa poderosa, sino el rico banquete de la Eucaristía á donde nos sentamos los cristianos para satisfacer el hambre del espíritu? Mas añade el citado profeta: «la preparaste contra aquéllos que me atribulan»; luego el Eterno nos ha regalado el Sacramento para que constituya el fuerte baluarte con el que podamos contar para vencer á nuestros enemigos.

«Bañaste mi cabeza con óleo, y ¡cuán excelente es mi cáliz que santamente embriaga!» prosigue David (1) ¡Oh Señor! Tú derramaste sobre mí el suave aceite de tu misericordia; y ¿cuál es ese cáliz embriagador sino aquél que contiene tu sangre divina, el cual me cediste, pues por eso le llamas mío á fin de que beba de él y perciba sus inefables consolaciones?

§. II.

7. Tantos vaticinios no podían dejar de cumplirse en el tiempo prefijado, ni debían realizarse sino de conformidad con las circunstancias anunciadas por los profetas. Jesucristo debería realizar todos sus divinos actos con una mansedumbre y misericordia hasta entonces desconocidas; es así porque todas sus bellas acciones revelan un fondo de amor y de compasión sin límites: y de aquí el título de *óptimo consolador* que con tanta propiedad le atribuimos. Tristes se hallaban los apóstoles en el cenáculo, meditando los atro-

(1) Ps. XXII, 5.

ces tormentos que acababa de experimentar su dulce Maestro; mas pronto fué trocada su tristeza en la más completa alegría cuando Jesús se les apareció glorioso, diciéndoles: —La paz sea con vosotros. No queráis temer porque yo soy (1).—Triste se encontraba la Magdalena antes de la resurrección del Señor; mas pronto fué cambiada su amargura en inmenso gozo cuando Jesucristo la alentó, llamándola María (2). Tristes por demás estaban los dos fervorosos discípulos, cuando, lunes de Pascua, se dirigían al castillo de Emaús; mas, al saber que el que con ellos había conferenciado era el Mesías resucitado, se llenaron de indecible satisfacción (3). Ahora bien: si tanto consuelo derramaba Jesucristo en el alma, entonces que llenaba el fin de la Redención ¿no lo derramará ahora que continúa idéntica misión en el Sacramento del Altar?

8. Autoridades y ejemplos asombrosos poseemos que confirman cuanto hasta aquí he venido insinuando. Cuando el infernal espíritu tentaba horriblemente á la mística doctora del Carmelo, representándola que Dios es muy justo y que no la perdonaría sus pecados, ella, toda atribulada y llena de pavor grande, se acercaba al Sacramento y le pedía consuelo para su espíritu; y en el momento mismo se veía colmada de inefable gozo que se traslucía en su animado semblante, diciéndola algunas veces el Señor:—No estés fatigada, no hayas miedo que no te dejaré (4).— La V. M. Sor María de Jesús de Agreda sufría repetidas enfermedades, desprecios, trabajos y horribles visiones que el mal espíritu, por permisión divina, le causaba; mas ella se adelantaba hacia el Sagrario, y, á más de ser consolada, mereció en varias ocasiones contemplar á Jesucristo cercado de hermosos resplandores (5). Efecto de los inefables consuelos que el V. Francisco del Niño Jesús recibía de la Sagrada Comunión se quejaba de que las horas iban tan lentas, re-

(1) Joan. XX, 19.

(2) Joan. XX, 16.

(3) Luc. XXIV, 13.

(4) Tomo I de las obras de la santa.

(5) Biografía de esta V. M. por el P. Giménez.

tardándole el momento de recibir al Sacramento; así que, cuando oía dar la hora, se alegraba, diciendo: cinco horas me quedan; ya no más de tres; ya sólo tardará una para recibir á Jesucristo.

Con efecto; la Religión Cristiana es la religión de los grandes consuelos, porque sólo en Ella pueden enjugarse con satisfacción las gruesas lágrimas. Todos los hombres, desde que nacemos hasta que bajamos al frío sepulcro, estamos continuamente llorando; mas no todos somos consolados. Hay quien pretende enjugar sus lágrimas en la casa del placer; mas el placer, una vez apurado, acibara todavía más el corazón, y las lágrimas inundan los ojos con más fuerza que antes. Hay quien espera enjugar sus lágrimas en la casa del amigo; pero el amigo tiene también las suyas que le hacen saltar sus propias amarguras, causa del olvido de las del compañero. Hay quien cree enjugar sus lágrimas con las meras distracciones; pero las distracciones se acaban, y el dolor muerde á todas horas el espíritu. Hay quien aguarda enjugar sus lágrimas en medio de las ocupaciones del negocio; pero el negocio tiene asimismo sus percances que entristecen el alma. No; el hombre no puede hallar consuelo que le satisfaga en las cosas y pasatiempos del mundo, porque el mundo no se compadece de nadie; el mundo ríe continuamente; gusta ver alegres y divertidos á los suyos, y huye de los que lloran. Por eso precisa que el hombre sensato busque el consuelo en otra parte, consuelo que únicamente la Religión Cristiana puede proporcionarlo, ya que se halla en su seno. Madre tierna que endulza las amarguras de la vida, tranquiliza el corazón y devuelve la paz y la alegría del alma; el hombre, siempre que la ha buscado, ha encontrado en Ella el bálsamo que ha cicatrizado sus heridas, la blanca venda con que ha envuelto sus llagas y el fino lienzo con que ha enjugado sus lágrimas; ha visto en Ella la sonrisa en sus labios, la animación en su rostro, la prontitud en sus manos y la ligereza en sus pies, con objeto de ayudar al desvalido, socorrer al menesteroso y fortalecer al débil. Los que la buscan encuentran en Ella un apoyo y un

descanso, un lenitivo y un consuelo, porque también sabe sufrir y llorar con los que lloran y sufren; mas los que la desprecian podrán gemir y llorar, pero sus lloros y gemidos, nacidos de la envidia, de la desesperación, del infortunio ó del dolor, no hallarán eco en ninguna parte.

Nuestra santa Religión, empero, es la religión de los grandes consuelos, porque tiene á Jesucristo Sacramentado por consolador. Sólo Jesucristo ha prometido una bienaventuranza á los que lloran, porque sólo Él puede concederla. Antes había llorado Jesús nuestro bien, sobre el sepulcro de Lázaro, á la vista de Jerusalén, en el jardín de los olivos, para enseñarnos á nosotros que es bueno llorar por un motivo santo, y más que llorar, es bueno y meritorio padecer por Dios y por nuestros hermanos; porque así como Jesús fué premiado siendo consolado por el Padre, así nosotros encontraremos la consolación y el premio de nuestras lágrimas y amarguras. Ciertamente que en Jesucristo halla el mortal todo el consuelo que necesita, y á Jesucristo lo hallamos consolando en el tribunal sagrado de la Penitencia, donde lava nuestras manchas y nos devuelve la paz y la alegría del alma; lo hallamos consolando en las preces, en los cantos litúrgicos y en los ayunos de la Iglesia, donde destila sobre nuestro fatigado espíritu raudales de ternura y de entusiasmo; lo hallamos consolando en los hospitales, junto á la cabecera del enfermo, en los asilos animando á los ancianos, en los orfanotrofios acariciando á los niños, en los presidios alegrando á los encarcelados, y en el hogar doméstico alentando á la esposa. Lo hallamos consolando al sacerdote en la iglesia, al misionero en la escena del mundo, al soldado en el campo de batalla, al labrador en su huerta, al industrial en el taller, á la virgen en el claustro y á la doncella en la casa paterna. Lo hallamos consolando al pobre que mendiga de puerta en puerta, al que han despreciado los hombres, al desheredado del mundo. Lo hallamos consolando en todas partes, pero sobre todo lo hallamos consolando en el Sagrario, donde Él ha fijado su augusta residencia corporal. ¡Qué ternuras, qué elevaciones del al-

ma, qué nobleza de espíritu en presencia de Dios! En particular, antes y después de la Comunión, ¡qué dulzuras tan ricas no experimenta el alma ante el Dios de las alturas! Mirad al pecador de rodillas ante la Mesa eucarística; su corazón se conmueve, sus pies y sus manos tiemblan, sus ojos son dos fuentes de lágrimas, su frente se inclina y su alma se extasía ante el Infinito. ¡Qué felicidad la del cristiano! Sus penas, sus amarguras, sus lutos, su aflicción, todo ha desaparecido con la Comunión fervorosa. Ese cristiano es bienaventurado aún en este siglo. Es que ha buscado á Jesucristo Sacramentado, y Jesucristo Sacramentado le ha consolado.

9. Comulguemos con fe grande y fervor santo, y experimentaremos de cerca colmada satisfacción y saludable paz en nuestras almas. Quien no sienta ese gozo interior por recibir á Cristo Sacramentado, tema no le falten las disposiciones convenientes para comulgar. Esa serenidad del espíritu, esa compunción interna, ese placer inexplicable, esas lágrimas dulces, esos tiernos suspiros que se notan en el alma devota después de haber percibido el Pan divino, no son sino los consuelos que derrama el Sacramento eucarístico.

Aprendamos, por lo tanto, á tener confianza ilimitada en Jesucristo Sacramentado. Pidamos, y recibiremos. Vayamos, corramos, volemos al Sagrario en busca del Salvador, que Él nos espera; no vacilemos en pedir; expongámosle nuestras dudas, nuestros temores, nuestras penas; digámosle que Él lo puede todo; recordémosle que Él ha prometido oírnos y remediar nuestras miserias, y si nada de todo esto pudiésemos decirle, porque la fuerza del dolor ahoga la garganta, presentémonos ante Él y murmuremos con el corazón: «Ved aquí, Señor, á un pobre necesitado». Jesucristo sabe ya lo que nos conviene, y Él nos lo otorgará, sobre todo, después que Él ha prometido por conducto de la bienaventurada Margarita Alacoque (1), que nos consolará en todas nuestras aflicciones.

(1) Tomo I. de las obras de la santa.

¡Oh Sacramento Santísimo! ¡Cuán inmenso es el amor que manifiestas al hombre! Preciso sería para conocerlo á fondo que Vos nos lo revelaseis; pero basta que la fe nos lo dicte y la experiencia nos lo enseñe. Puesto que desempeñáis el ministerio de consolador, os diré con David: Señor, hágase en mí tu misericordia para que sea consolado (1). «Líbrame de mis enemigos porque á Vos huyo». ¡Oh Señor! Vos me aseguráis que estáis conmigo en la tribulación; y por cierto, que si no fuera por Vos, la desesperación hubiera visitado mi espíritu. Que acuda á Vos en mis trabajos, para que de vos sea siempre socorrido.

EJEMPLO

El siervo de Dios Fr. Ilustrado de la Orden de Menores, profesaba especialísima y acendrada devoción al Santísimo Sacramento del Altar. Efecto de ella, siempre que experimentaba alguna funesta sensación, acudía á este Trono de misericordia, confiado en que Jesús le alentaría. Donde se conocieron más que nunca los efectos de esta consolación amorosa fué en su última enfermedad, que por cierto se la dispuso larga el cielo, á fin de acrisolarle perfectamente. Durante la misma jamás se le oyó una queja, ni un suspiro; pues como acredita el P. González (2), un solo consuelo tenía en sus tribulaciones y era la frecuencia del Santísimo Sacramento del Altar, en el cual cifraba las delicias de su devoción y el alivio de sus dolores, calmados por algunas horas después de haber comulgado; acaso porque las dulzuras que sentía en su enamorado espíritu absorbían y desarmaban la fuerza de los males del cuerpo.

(1) Ps. CXLII, 9.

(2) Crónica Seráfica. Parte I, lib. III, cap. 55.